

Pasan de Filipos á Tesalónica, donde son tambien perseguidos.

San Pablo y Silas, despues de animar á los hermanos á que perseverasen firmes en la fe y fervorosos en la caridad, salieron con Timoteo de Filipos. Dejaba el apóstol á los fieles Filipenses con sentimiento, porque preveía las persecuciones que iban á padecer en su ausencia, y creemos que, para sostenerlos, dejó con ellos á su amado Tito. No hizo sino pasar por Amfípolis y por Apolonia, ciudades de la Macedonia, bastantemente vecinas, pero no juzgó á propósito detenerse en ellas, porque no habia sinagogas, ni acaso un retiro donde se reuniesen los Judíos, como en Filipos. Era san Pablo el apóstol destinado por Dios para la conversion de las gentes, y la experiencia le habia enseñado, que su entrada para conseguirlo eran las sinagogas, en las que, al paso que conquistaba algunos hijos de Israel, lograba llamar la atencion de los gentiles al desprecio de la idolatría y á la adoracion de un solo Dios. Guiado por sus experiencias pasó á Tesalónica, capital de la provincia, en la que habia una sinagoga. Luego que llegó á la ciudad, fué á la sinagoga, y por tres sábados disputaba con los Judíos sobre las sagradas Escrituras, haciéndoles ver que habia sido necesario que Jesucristo padeciese (muriese) y resucitase de entre los muertos; y creyeron algunos Judíos y se unieron con Pablo y con Silas. Tambien creyó una multitud de gentiles, adoradores de un solo Dios, y otra multitud de idólatras, que renunciaron sus idolatrías, y no pocas mujeres ilustres.

No esperaba san Pablo conseguir tan prontos y felices sucesos sin contradiccion. Los Judíos incrédulos tomaron de la plebe un número de hombres malos, y formaron con ellos un tropel que causó en la ciudad un tumulto casi general. Su intento era arrebatár á Pablo y á Silas y

hacer que el pueblo alborotado les matase á pedradas sin forma de juicio, porque en él necesariamente habian de salir mal. No lo consiguieron. Pablo y Silas estaban en casa de su discípulo Jason, pero tuvieron tiempo de ocultarse antes que llegasen los amotinados. Estos registraron la casa, y no encontrándolos, se apoderaron de Jason y algunos otros cristianos que se hallaban en ella, y los llevaron á los magistrados, diciendo: Estos son unos hombres recién venidos, que Jason ha recibido en su casa, y perturban la ciudad; van contra los decretos del César, y enseñan que tenemos otro Rey, que se llama Jesus. Los magistrados oyeron á Jason y á sus compañeros, y todos dieron tan buena cuenta de sus personas, que los dejaron ir libres; pero la libertad de los discípulos no ponía en seguridad á sus maestros.

De Tesalónica van á Berea.

Aunque la Iglesia de Tesalónica apenas habia tenido tiempo para formarse, juzgaron los fieles que sus cimientos eran bastante sólidos para poder sostenerse sin sus fundadores hasta que pluguiese al Señor consolarles con su vuelta. Esperaron san Pablo y Silas la oscuridad de la noche, y algunos discípulos prácticos en el terreno, y muy amantes de sus maestros, los sacaron secretamente de la ciudad y los condujeron á Berea, otra ciudad de Macedonia, poco distante de Tesalónica. Tambien tenian los Judíos una sinagoga en Berea. San Pablo y Silas fueron á esta sinagoga, y vieron que los concurrentes recibian la divina palabra con ansia, leyendo diariamente las sagradas Escrituras; y así muchos Judíos creyeron, y tambien muchas mujeres gentiles de calidad, y no pocos hombres. Desde el principio de su mision no habia visto san Pablo progresos semejantes á los que hacia el Evangelio en Berea y á la profunda paz que los acompañaba. No gozó de ella por mucho tiempo esta

Iglesia. La obra de Dios es siempre la misma. Fundada en todas partes sobre la cruz, se hacia fecunda, particularmente en aquellos tiempos, con las contradicciones, y estéril luego que no era combatida. No tardó en llegar á Tesalónica la noticia de que Pablo predicaba en Berea la palabra de Dios con una aceptación extraordinaria: que los Judíos le escuchaban con mucha atención; y que se dejaba ganar para Jesús un crecido número. Fué grande la indignación que esta noticia causó en los amotinados, y luego salieron los mas furiosos á perseguir á san Pablo en Berea. No se dirigieron á las autoridades para pedir justicia, sino á la multitud, á la que conmovieron con sus discursos sediciosos.

Llevan á san Pablo sus discípulos á Atenas.

Tenia san Pablo en Berea muchos y muy amantes discípulos que, viendo el peligro, se dieron prisa á sacarle de la ciudad, y no contentos con llevarle hasta el mar y embarcarse con él, le condujeron hasta Atenas. Silas y Timoteo no se embarcaron con el apóstol. Fuese porque creyese este muy breve su viaje y quisiese que permaneciesen por aquel poco tiempo en Berea, ó fuese que la precipitación de la salida no diese lugar para avisarlos, san Pablo se encontró solo en Atenas.

Carácter de los Atenieses.

Era Atenas una ciudad célebre por su ciencia y su idolatría. Tenia un senado que llamaban Areopago, compuesto de los hombres mas sabios de aquel tiempo, pero tan supersticiosos que, segun su historiador Pausanias, tenían mas ídolos que toda la Grecia. Habia en Atenas una secta numerosa de epicúreos, gente delicada, ociosa y dada á las delicias; y habia tambien otra, no

menos numerosa, de estóicos, que se preciaban de filósofos, y despreciaban en su orgullo á todos los demás hombres. Lleno san Pablo en el mismo cielo de la sabiduría de Dios, tenia bastantes armas para confundir la voluptuosidad de los unos, y para humillar la soberbia de los otros. Se llegó á ellos sucesivamente, pero solo pudo conseguir que le escuchasen sin sacar fruto alguno. Al ver que nada les movia, les habló de la resurrección de los muertos. Esta para ellos era una novedad, y por esto les llamó la atención hacia ella. Disputaban con él porque predicaba á Jesucristo resucitado, y en esto mismo la resurrección de los muertos. ¿Qué nos quiere anunciar este sembrador de palabras? decian unos. Parece que quiere ser predicador de dioses nuevos, decian otros; y por estas disputas le llevaron al areopago, al que pertenecia la decisión de las causas mas importantes, y principalmente las de la religion. Tal creyeron que era la de san Pablo, y por eso le llevaron á este tribunal á dar cuenta de su doctrina. ¿No podemos saber, le dijeron, qué es esa nueva doctrina que predicas? Porque pones en nuestros oídos ciertas novedades, y queremos saber qué es esto. Estas preguntas no nacian, como se vió por el efecto, de deseo que tuviesen de abrazar la verdad, si se les manifestaba con bastantes pruebas y á buenas luces. Nacian de la curiosidad que tenían de oír algo de nuevo, porque la ocupación de los Atenieses era, dice el texto sagrado, ó decir ú oír algo nuevo. Esto prueba la ligereza de su espíritu, con que les dan en cara sus mismos oradores.

Discurso que les hace san Pablo.

San Pablo, pues, presentado en medio del areopago, y rodeado de una multitud innumerable, le hizo este elocuente discurso: Varones atenienses, en todas las cosas os veo como los hombres mas supersticiosos, por-

que pasando y viendo vuestros simulacros, hallé tambien uno en que estaba escrito : *Al Dios desconocido*. Aquel, pues, que vosotros adorais sin conocerle, es el mismo que vengo yo á anunciaros.

Algunos creen que el honor y culto que los Atenien- ses daban al Dios desconocido, le daban al Dios verda- dero, y que tenian de Él algun conocimiento por las sibilas y por lo que leían en sus autores, tomado de los Judíos, pero que ignoraban su nombre, y se ve esto en que los gentiles daban alguna vez al Dios verdadero de los Judíos el nombre de *Dios desconocido*. Luciano entiende por el Dios desconocido de Aténas el Dios que adoraban los cristianos, porque san Pablo dice terminantemente, que viene á predicarles el mismo Dios que ellos adoran sin conocerle, y que llaman Dios desconocido, porque ignoran su nombre que es inefable é incomprensible.

San Pablo continuó su elocuente discurso en estos términos : El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo el Señor de los cielos y la tierra, no mora en templos hechos de mano, ni es servido por manos de hombres como si necesitase de algo, cuando Él mismo da á todos vida, respiracion, y todas las cosas, y de uno solo hizo todo el linaje humano para que habitase toda la haz de la tierra, señalando el orden de los tiempos y los términos de su habitacion para que busquen á Dios, si por ventura le toquen ó hallen, aunque no está léjos de cada uno de nosotros ; porque en Él mismo vivimos, y nos movemos, y somos, como dijeron tambien algunos de vuestros poetas : Porque de Él somos linaje. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que lo divino es semejante á oro, ó plata, ó piedra labrada por arte ó astucia del hombre. Dios, desprecian- do los tiempos de esta ignorancia, anuncia ahora á los hombres que todos hagan penitencia en todo lugar, porque ha señalado un dia en el cual ha de ser juzgado el mundo, segun justicia por aquel Varon (Jesucristo) que ha determinado, dando seguridad á todos resucitan-

dole de entre los muertos. Cuando oyeron la resurreccion de los muertos, unos se burlaban, y otros dijeron : Otra vez te oirémos de esto. Así salió san Pablo de en medio de ellos. Mas algunos creyeron y se unieron á él, entre los cuales fueron Dionisio Areopagita, una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos. No dejó san Pablo de recoger una preciosa cosecha, aunque no fué abundante, acaso porque tuvo poco de padecer ; pero no tardó el Señor en volverle á sus primeras batallas y antiguas victorias.

Pasa de Aténas á Corinto y se aloja en casa de Aquila.

De Aténas pasó á Corinto, ciudad grande y hermosa, capital de la Acaya, honrada con el título y privilegio de colonia romana, situada entre los dos golfos Heles- ponto y Engía, y célebre en toda la Grecia, desde que fué reedificada por César. En ella encontró san Pablo Judíos obstinados que le persiguieron, y gentiles dóciles que, convirtiéndose, le consolaron. Tal habia sido la situa- cion ordinaria de san Pablo en todos sus trabajos apos- tólicos. Desde que partió de Antioquia, no habia hecho, en pueblo alguno, mansion tan larga como la que iba á hacer en Corinto, donde quiso Dios que permaneciese año y medio, dándole tiempo para fundar una Iglesia muy floreciente.

En este año cuarenta y nueve de Jesucristo promulgó el emperador Claudió un edicto, mandando que todos los Judíos saliesen de Roma. Esta orden precisó á un Judío de consideracion, originario del Ponto, y llamado Aquila, á retirarse y embarcarse con su mujer Priscila á Corinto. Habiendo desembarcado, entraron en la ciudad casi al mismo tiempo que el apóstol. Con esta familia tomó san Pablo conocimiento, y la encontró muy dis- puesta á recibir la fe. Desde luego trabajó en instruirla y tardó poco en ganarla para Jesucristo. El oficio de

Aquila (pues todos los Judíos tenían alguno) era hacer tiendas, y este era también el de san Pablo. La conformidad de profesiones, y mucho más la de sentimientos, empeñó al apóstol á elegir su morada en casa de Aquila, donde trabajaba, según costumbre, con sus propias manos para no servir á nadie de carga.

Cuando una persona sabe reducirse á lo preciso, fácilmente adquiere para sus necesidades, y la queda tiempo para emplearle en las cosas de Dios; y esto sucedía á san Pablo. Tenía diariamente su tiempo para trabajar y ocuparse del Evangelio, y nunca dejaba de asistir los sábados á la sinagoga, donde se juntaban, no solamente los Judíos, sino también los gentiles en gran número. Siempre procuraba hablar de nuestro Señor Jesucristo con el ansia de darle á conocer á Judíos y gentiles, y siempre persuadía á muchos, particularmente de los últimos, que no teniendo que combatir, ni con las prevenciones de una vana ascendencia, ni con las falsas tradiciones, resistían menos que los Judíos. Cuando el apóstol, continuando sus trabajos, se hallaba en lo más fuerte de sus tareas, le concedió el Señor un singular alivio. Sus amados discípulos Timoteo y Silas, que se quedaron en Berea cuando san Pablo salió para Aténas, vinieron á presentarse á su querido maestro. La alegría fué grande al recibir á sus queridos hijos, y saber de sus amados Tesalonicenses.

Carta de san Pablo á los Tesalonicenses.

Lleno de gozo con lo que le contaban de su fe, su constancia y su fervor, les escribió una cariñosa carta; mas como entendiesen mal algunas de sus expresiones, les escribió otra poco después, para tranquilizarlos, y son las dos cartas de san Pablo á los Tesalonicenses, contenidas entre las canónicas ó sagradas.

Blasfeman los Judíos en la sinagoga y san Pablo no vuelve á ella.

La llegada de los dos discípulos proporcionó la extensión de los trabajos del maestro, y aumentó su fervor. Empleaba, particularmente contra los Judíos, las profecías, y les hacía ver que Jesús Nazareno era el Cristo, el Mesías prometido, y que en Él se había cumplido total y literalmente cuanto habían anunciado los Libros santos. Un día que el apóstol, lleno de ardor, les estrechaba en gran manera con los testimonios de la sagrada Escritura, y les pedía que contestasen, ofreciéndose á satisfacer á todas sus dificultades, no oyó por toda respuesta sino blasfemias que los hijos de Jacob proferían contra la adorable persona del Hijo de Dios. Había en la sinagoga multitud de gentiles que oían estas blasfemias. Temió san Pablo su escándalo, y levantándose en medio de todos, dijo sacudiendo sus ropas contra ellos: Vuestra sangre sobre vuestra cabeza, desde ahora me voy á los gentiles. Los Judíos no se conmovieron al oír tan terrible amenaza de la boca de un enviado de Dios, y este la puso luego en ejecución, pasándose á vivir en la casa de un gentil convertido, llamado el Justo Tito, que servía mucho á Dios y tenía su casa junto á la sinagoga. La resolución de san Pablo, que podía tener enfadosas consecuencias, no las tuvo, sino de mucho consuelo.

Conversion del príncipe de la sinagoga con toda su familia

Crispo, que era el príncipe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa. Vino á la de Tito con toda su familia á presentarse al apóstol. Hicieron delante de él su profesión de fe en Jesucristo y fueron bautizados. Á su imitación una multitud de Corintios, que venían

todos los días á la casa de Tito á oír la palabra de Dios, creían, y eran bautizados. Temía san Pablo que los Judíos se irritasen y moviesen algun alboroto que le obligase á dejar á Corinto, como le habia sucedido en Filipos, Tesalónica y Berea, y á perder las grandes esperanzas que le daban las buenas disposiciones de los gentiles de Corinto.

Se aparece el Señor á san Pablo y le asegura contra su temor.

Pero cuando mas afligido se hallaba por este temor, se le apareció el Señor en vision, y le dijo : No temas. Habla y no calles ; porque yo estoy contigo, y nadie se acercará á ti para dañarte. Sabe que tengo mucho pueblo en esta ciudad. No dijo el Señor al apóstol el tiempo que habia de trabajar en Corinto ; pero por lo que se vió era de año y medio que permaneció en esta ciudad predicando la palabra de Dios con gran fruto. En tan largo tiempo tuvo lugar para formar esta Iglesia, que vino á ser de las mas florecientes de toda la Grecia. Era mucho para san Pablo la mansion de año y medio en una misma ciudad ; pero el santo apóstol permanecia tranquilo en ella adelantando su obra, y sin cuidado de pasar á cultivar otra viña hasta que el Señor le avisase y mandase dejar la presente. Al año y medio se verificó este aviso, que no fué por vision, como habia sido el de su permanencia. La persecucion habia sido desde el principio de su apostolado el ángel que guiaba á san Pablo y hacia que mudase de campo para recoger la mies. No tuvo otra guía para llevar sucesivamente la luz del Evangelio al Asia, la Macedonia y la Grecia, y ahora ya vino la misma á trasladarle de Corinto á la Siria.

Viene á Corinto un nuevo procónsul y los Judíos acusan delante de él á san Pablo.

Galion, nombrado por el senado de Roma procónsul de toda la Acaya, vino á fijar su residencia en Corinto, que era la capital, y no perdieron tiempo los Judíos sin aprovecharse de un gobierno que empezaba, para sacar una sentencia contra san Pablo, cuya ejecucion prevenian. Ya pudiera haber sido oprimido el apóstol cien veces por sus enemigos en el discurso de año y medio ; pero aquella promesa que se le habia hecho en su vision, se cumplia siempre. Al arribo de Galion se reunieron los Judíos contra san Pablo, le prendieron y le llevaron al tribunal del procónsul. Era Galion un juez prudente y moderado, y hombre de bien al modo que lo eran los Romanos de su tiempo. El senado le encargó la administracion de justicia, pero no que terminase las disputas que en su distrito se originasen sobre religion y culto. Roma, que en medio de su saber, ignoraba cuál era el Dios que habia de adorar, porque hacia vanidad de dar culto á todos los dioses del mundo, dejaba á cada uno de sus ciudadanos que adorase el que quisiese y hasta la libertad de fabricarse cada uno el suyo.

Los Judíos, cuando presentaron á san Pablo en el tribunal, clamaron todos á un tiempo : Este hombre persuade á las gentes que adoren á Dios de un modo contrario á nuestra ley, usos y costumbres ; y principiando san Pablo á hablar en su defensa, fué interrumpido por procónsul, que, dirigiéndose á los Judíos, les dijo : Si se tratase de alguna maldad ó crimen enorme, yo os oiria, ¡ó Judíos ! segun derecho ; mas si son cuestiones sobre vuestra ley, entendeos allá vosotros. Yo no quiero ser juez de esas cosas ; y con esto los hizo salir del tribunal.

No contaban los Judíos con semejante contestacion : se desesperaron al oirla ; y para colmo de su desazon,

san Pablo desapareció entre el bullicio. Sóstenes, Griego de origen, Judío prosélito, jefe antiguamente de la sinagoga, y discípulo últimamente de Jesucristo, había acompañado á san Pablo al tribunal de Galion. Á falta del apóstol descargaron su ira los furiosos sobre Sóstenes, su discípulo, y le golpearon delante del tribunal, sin que el procónsul se cuidase de esta injusticia y desacato. Sóstenes, golpeado con tanta sinrazon, buscó á san Pablo y pudo unirse con él. Conocía ya este discípulo el valor de los trabajos, sufridos por la causa de Dios, y tomó la mas acertada resolución para que nunca le faltasen. Desde este dia se ofreció al santo apóstol para acompañarle en sus misiones, que no dejaban de ser un seminario seguro de padecimientos, y fué siempre uno de sus mas fieles é ilustres discípulos, de cuya compañía se honraba el apóstol hasta el punto de hacer que firmase con él la primera carta que escribió poco tiempo despues á los Corintios.

Pasa san Pablo de Corinto á Efeso.

San Pablo, habiendo permanecido todavía muchos dias en Corinto (aunque oculto) para dejar arreglado el órden de aquella numerosa Iglesia, despidiéndose de los hermanos, se fué por mar á Siria con Aquila y Priscila y desembarcaron en Efeso, ciudad la mas célebre de toda el Asia menor, y su capital. Pensaba san Pablo fundar en Efeso una Iglesia considerable, como lo era la ciudad, pero no habia llegado su tiempo, y así no se detuvo sino algunos dias en ella. Sus amables compañeros Aquila y Priscila, que estaban abrasados de celo por la propagacion del Evangelio, le suplicaron que se detuviese allí el mas tiempo posible; pero el apóstol, que se gobernaba por un impulso superior, les contestó: que no podia por entonces detenerse en Efeso; que se quedasen ellos allí, y preparasen los ánimos para recibir

la divina palabra. Yo volvere á vosotros, añadió, queriéndolo Dios; y con esto se despidió, y salió de Efeso para el Asia menor.

El objeto de san Pablo en esta mision era visitar un número de Iglesias que habia creado en las provincias superiores del Asia menor, y que miraba como las primeras piedras que habia fijado para construir el grande edificio que algun dia se habia de levantar sobre estos cimientos. Los visitó y recorrió todas como un relámpago. Alumbró su fe, animó su esperanza y encendió su caridad con el fuego de su celo. No sabemos que en este rápido viaje llevase consigo mas que á Tito, al que dejó en la isla de Creta para cuidar de aquella Iglesia. Despues de este precioso viaje subió á saludar á la Iglesia, que así se llamaba por excelencia la de Jerusalem en aquellos primeros tiempos, como ciudad la de Roma. De Jerusalem pasó hasta las cercanías de Damasco, y de allí bajó por el camino mas breve á Antioquía. Amaba muy singularmente el apóstol á esta Iglesia, que habia sidó como la cuna donde se habia mecido para robustecerse y emprender su apostolado entre las gentes. No era menos amado de sus queridos Antioquenos, que le miraban como á su amado padre. So habria detenido largo tiempo en Antioquía, si le fuera permitido gobernarse por los movimientos de su corazon; pero el Espíritu del Señor le ordenaba que recorriese la region de Galacia y de Frigia, que esperaban su visita y socorro. San Pablo entró luego en estas provincias, recorrió sus Iglesias, y confirmando en la fe á los discípulos, les dió las pruebas mas tiernas del celo en que se abrasaba por su salud.

Apolo, cristiano célebre, viene á Efeso.

Durante la ausencia de san Pablo, Dios habia preparado los caminos en Efeso para el establecimiento de una

Iglesia que habia de ser de las mas florecientes. Pocos dias despues de la salida del apóstol de esta ciudad, llegó á ella un tal Apolo, natural de Alejandría, Judío de nacimiento y convertido al cristianismo. Era hombre de mucho espíritu, naturalmente elocuente, y lleno de ardor, de actividad y de aliento. Estaba muy versado en las sagradas Eserituras, y tenia un raro talento para explicar su sentido, resolver sus dificultades, y hacer valer sus testimonios contra los Judíos que afectaban desconocerlos. Además se hallaba muy instruido en todo lo que miraba á la persona de Jesucristo, á su nacimiento, vida, milagros, trabajos, Pasion, muerte, Resurreccion, y Ascension á los cielos. Sabía lo que habia pasado con respecto al Salvador en Galilea y Judea, y sobre todo en Jerusalem. Habia confrontado cuidadosamente estos hechos con los textos de Moises, de los profetas y los Salmos; y sus argumentos y pruebas eran irresistibles. Apolo principió á predicar á Jesucristo en la sinagoga con una libertad semejante á la de san Pablo. Como poseia con gran perfeccion las sagradas Eserituras, provocaba á los Judíos á la disputa, y siempre los vencía y confundía. Aquila y Priscila, que por disposicion de san Pablo habian quedado en Efeso, luego que supieron lo que pasaba, fueron á verse con Apolo, y se le llevaron consigo. Tuvieron los tres largas y gustosas conferencias espirituales, y si no podía negarse que Apolo era mas hábil en la religion, Aquila y Priscila estaban mas impuestos en su práctica, verificándose aquí lo que sucede no pocas veces, que los maestros hallan mucho que aprender en la fe rendida y sabiamente ilustrada de sus discípulos.

Es ordenado de Obispo en Corinto.

Queriendo Apolo ir á Corinto, los hermanos de Efeso le animaron á este viaje, y escribieron á los discípulos de esta floreciente Iglesia. Apolo le hizo, y contribuyó

mucho al provecho y adelantamiento de los que habian creido. Habiendo vuelto san Pablo á Efeso, y sabido en esta ciudad los grandes progresos que Apolo hacia en la Iglesia de Corinto, ordenó á los Obispos que habia dejado en ella que consagrasen á Apolo de Obispo para dar mas crédito y autoridad á su ministerio. Era bien acreedor Apolo á esta honra por su sabiduría y su piedad, y los fieles de Corinto reportaron grandes provechos de este carácter episcopal en el tiempo que Apolo estuvo entre ellos, que no dejó de ser largo. El Espíritu Santo, que habia recibido con el episcopado, aumentaba maravillosamente su sabiduría y su celo. Confirmaba admirablemente en la fe y la esperanza á los cristianos que san Pablo habia convertido, y confundia públicamente á los maestros de la sinagoga con los testimonios de la sagrada Eseritura, haciéndoles ver con ellos que Jesus Nazareno era el verdadero Mesías.

Estando Apolo en Corinto, san Pablo salió á recorrer las provincias superiores, esto es, las mas setentrionales del Asia menor, y concluido este viaje apóstolico, volvió á Efeso, donde predicó diariamente por dos años, y fueron tantos los que oyeron la palabra de Dios, cuantos habitaban en el Asia, tanto Judíos como gentiles; y Dios hacia tantos milagros por medio de san Pablo, que bastaba aplicar sus pañuelos y ceñidores á los enfermos para que les dejasen las enfermedades.

Exorcistas judíos castigados por un energúmeno.

El poder que Dios concedia al predicador del Evangelio, dió ocasion á un suceso notable, del que resultó mucha gloria á su santísimo Hijo. Tenian los Judíos sus exorcistas, que andaban de una á otra parte curando energúmenos. Hallándose algunos en Efeso, y viendo que jamás invocaba san Pablo el nombre de Jesus para arrojar de los poseidos á los espíritus malos sin que

fuese obedecido, tentaron tambien ellos á arrojarlos en el nombre del Señor, diciendo : Os conjuramos en nombre de Jesus, á quien Pablo predica. Eran los que hacian esto siete hijos de Esceva, príncipe de una de las familias sacerdotales. Cierta dia que exorcizaban á un energúmeno, invocando el nombre de aquel Jesus á quien predica san Pablo, les dijo el espíritu malo : Conozco á Jesus y tambien á Pablo; mas vosotros ¿quiénes sois? Y arrojándose sobre ellos el hombre en quien estaba el espíritu pésimo, prevaleció contra ellos, y apoderándose de dos, de tal manera los maltrató, que apenas pudieron salir de aquella casa desnudos y heridos. Esto se hizo manifiesto á todos los Judíos y gentiles que habitaban en Efeso, y cayó el temor del Señor sobre todos, y el nombre del Señor Jesus era muy glorificado.

Confesion voluntaria de los pecados.

Entonces creyeron muchísimos, y recibieron el Bautismo; y un gran número de los que creyeron y fueron bautizados, vinieron á arrojarse á los piés de san Pablo, confesando sus pecados, y aunque estaban ya instruidos de que no tenian obligacion á esta confesion, con respecto á los pecados cometidos antes del Bautismo, porque todos habian quedado perdonados por este Sacramento, no quisieron excusar esta confusion para serenar sus agitadas conciencias, y asegurar á los apóstoles de su arrepentimiento. Lo que no podian dejar de hacer era renunciar para en adelante á sus pecados con un firme propósito de la enmienda, y cortar todas las ocasiones próximas de volver á cometerlos; y esto lo hicieron de un modo muy edificante.

Quema de los malos libros.

Aquellos que habia seguido la ciencia de los encantamientos (que era entonces un estudio muy comun), trajeron sus libros y los quemaron en la plaza pública, ascendiendo su valor á cincuenta mil denarios. Lo mismo hicieron con los demás que podian ser perjudiciales á sus conciencias y con las cosas que podian exponerlos á repetir sus delitos.

¡Cuándo será servido el Señor que veamos nosotros un fuego expiatorio que purifique nuestras bibliotecas públicas y privadas, y haga arrojar de las manos españolas esos libros de fuego, que sin quemar los cuerpos, consumen lastimosamente las almas! Entonces tendríamos los Españoles el consuelo de ver desaparecer de la España, como san Pablo de Efeso, esas perversas doctrinas que la corrompen, y extenderse por ella las sanas y santas que produjeron tantas virtudes en Efeso.

Tumulto del platero Demetrio.

Concluidas tan felizmente estas cosas en Efeso, pensó san Pablo en ir á Jerusalem, atravesando la Macedonia y la Acaya, porque despues que yo estuviere en Jerusalem, decia á sus discípulos, es necesario tambien que yo vea á Roma; y habiendo enviando á Macedonia á dos de los que mas amaba, que eran Timoteo, su antiguo discípulo, y Erasto de Corinto, que habia unido consigo en sus misiones, él se quedó por algun tiempo en el Asia. Pero sobrevino un alboroto pequeño en Efeso por causa de la doctrina de san Pablo que condenaba la idolatría ó adoracion de los dioses. Era muy célebre en Asia el templo de la diosa Diana, que habia en Efeso; y los que de diferentes partes venian á adorar á la mentida deidad, acostumbraban comprar y llevar á